

la que tuvo María Teresa de Austria. Una grave enfermedad puso en peligro la vida de María Pía de Saboya y en aquellos días críticos pudieron conocerse las grandes simpatías con que cuenta. Era curioso el espectáculo que ofrecían los alrededores del palacio real que dista una hora de Lisboa. Muchas mujeres se pasaban el día en los patios del regio alcázar, sin acordarse de ir á comer, esperando recibir frecuentes noticias de la salud de la reina. En los voluminosos libros destinados á contener las firmas de los visitantes que se interesaban por la salud de María Pía, figuraban muchas cruces, letras sin terminar, rayas y diferentes signos que nada decían á primera vista y que sin embargo tenían gran significación. Eran los rasgos trazados por la mano de mujeres que carecían de toda cultura intelectual; pero que poseían gran corazón. A impulsos del sentimiento y movidas por gran afecto á su reina habían trazado aquellos signos extraños; pero no indescifrables para María Pía de Saboya.

Cuando la historia se ocupe del que ha de regir los destinos de Portugal, enlazará siempre á su nombre el de su madre, porque María Pía de Saboya ha sido su educadora.

Esta ilustre mujer, que tan digna, tan majestuosamente ocupa su trono, es en el mundo social un modelo de elegancia; en el mundo del arte una artista distinguida; en el hogar una esposa irreprochable y una madre tierna y apasionada.

# MARIA BALL

MADRE DE WASHINGTON.



---

## CAPÍTULO VII.

### La madre de Washington.

#### I

**E**L héroe americano, el libertador de los Estados Unidos, el fundador de la más perfecta de las repúblicas, fué educado por su madre. Jorge Washington quedó huérfano de padre cuando contaba once años de edad y desde entonces María Ball se consagró completamente á él logrando hacer del niño un grande hombre.

Para educar sus sentimientos recopiló máximas religiosas y morales en un cuaderno destinado especialmente á su hijo. Este lo aprendió de memoria, guardólo siempre con entusiasmo filial, y hoy puede verse todavía en los Archivos de Manuscritos de Mount Vernon.



Las virtudes austeras de María Ball formaron la rectitud, la entereza, el desinterés, el patriotismo del ilustre general. La sana razón, la serenidad y el espíritu de justicia que distinguió siempre al ínclito ciudadano de quien nos ocupamos, son un reflejo de las excelentes cualidades de su madre. Ella acostunbró desde la infancia á su querido Jorge á dominar sus pasiones, á carecer de necesidades y á bastarse á sí mismo. Cuidóse más de nutrir su alma que su inteligencia, le infundió la costumbre de meditar, le presentó libros de serias y sólidas lecturas, y se preparó á esperar todo lo demás de él. El libro que alternativamente pasaba de las manos del hijo á las de la madre, era el de sir Mathew Hale titulado *Contemplaciones morales y religiosas*. Con tales lecturas templóse el alma del adolescente para las luchas de la vida.

La patria debe su salvador á María, pues cuando Washington, á la edad de quince años, quiso entrar en la marina real, su madre se opuso fuertemente, declarándole que quería trabajar con sus conciudadanos en beneficio del país. La influencia de esta mujer hizo que la América pudiese conservar á su regenerador.

Cuando le participaron el gran triunfo de su hijo, no le ocurrió pensar en la gloria que éste había conquistado, y solo exclamó:

*¡Loado sea Dios, la patria se ha salvado!*

Siete años había vivido sin ver á su hijo que se hallaba en la guerra, y cuando Washington pudo acercarse

se á Frederiksborg envió delante un correo para preguntar á su madre cómo quería recibirlo, y ella contestó:

*Sola.*

Esta lacónica contestación encierra todo un poema de amor. Al saberla Jorge se inmutó de alegría, y todos vieron con asombro y respeto al jefe de las tropas americanas dirigirse á pie y *solo*, á casa de su madre.

Cuando una buena madre sabe inspirar amor á sus hijos, ni la gloria ni la fortuna tienen el poder de entibiar por un instante el sentimiento filial. Para Washington su madre era antes que todo.

Un célebre español de nuestros días que ha conquistado la gloria del literato y otra todavía más brillante, la gloria del orador, jefe de un partido político que no se distingue por el sentimiento religioso, ha conservado creencias católicas, porque se las inculcó su madre. Cuando este hombre eminente, justamente declarado honra de España, habla de nuestra religión, rara vez la denomina religión católica, complácese en decir: *la religión de mi madre*.

Con tanto entusiasmo, con tanta ternura la ha amado siempre, que cuando en el año 59 estaba siendo en el Ateneo de Madrid el encanto de todo el mundo con su elocuencia demostina y vivía respirando constantemente la embriagadora atmósfera del aplauso, al saber la muerte de la autora de sus días, cortó las conferencias que tan famoso le hacían y no volvió á presentarse en el Ateneo en todo el año.



Trascribamos un párrafo de lo que él escribía después del suceso fatal y se comprenderá lo mucho que le impresionó: «El dolor, antes de mí desconocido, posee todo mi ser y no deja espacio al pensamiento. La vida de mi madre de que yo vivía, se ha secado y nada me sonríe en el mundo, desnudo á mis ojos de felicidad y esperanza. Mis labios solo aciertan á murmurar oraciones, mi corazón á exhalar gemidos y mi inteligencia á pensar en la eternidad y en la muerte. El mar de lágrimas que ha inundado mi espíritu, lavándolo de las manchas terrenales, esclareciendo mis ojos demasiado fijos antes en lo que pasa y cambia, me ha hecho comprender que el mal es como una sombra vana, y el bien y la virtud como la eterna luz que de nosotros queda aquí en la tierra. Esta convicción cada día más profunda, me hace reanudar la cadena interrumpida de mi vida para sembrar en el día de trabajo que me ha tocado en suerte, alguna semilla de bien y aguardar tranquilo, sentado en las duras piedras de este triste camino, el día en que se acaba la muerte y empieza verdaderamente la vida.»

Por estas líneas del distinguidísimo hombre público de que hacemos mención, se comprenderá lo muy adherido que estaba á su madre. El torbellino mundanal no ha podido hacerle olvidar las oraciones que ella le enseñó.

Nada se arraiga tanto en nuestro corazón como las creencias de nuestra madre.

Otro escritor español contemporáneo, nacido en Ara-

gon, nos ofrece en un fragmento de un libro suyo, la mejor prueba de cuanto dejamos manifestado.

Dice así el conocido aragonés:

«Apenas creo en nada de lo que generalmente constituye la fé de los mortales; y sin embargo mi devoción particularísima y especial por la Virgen del Pilar no desaparecerá sino conmigo, porque mi madre me inspiró el culto hácia esa Virgen.»

«Nosotros los aragoneses antiguos y modernos, tenemos arraigada en el alma esta fé ciega en la Virgen del Pilar, cuyo escapulario llevo yo en el pecho, á la par que escribo libre y desenfadadamente de cosas devotas.»

«No hay quien me quite de la cabeza que la Virgen del Pilar preside á todos mis actos. Quiero razonar sobre ello y no puedo. Me contradigo mil veces y discuto conmigo mismo sobre esta excepción que hago sin saber por qué. En mis aficciones invoco á esta Virgen, el resto del santoral me es indiferente. Explíquenme este fenómeno filósofos y hombres de ciencia. Seguramente no hallarán razones: pues yo sí.»

«Mi madre me enseñó á rezar delante de la Virgen del Pilar. Desde muy niño me llevó al templo donde se venera, y me enseñó á amarla como á ella misma. Invocando su santo nombre me dormía sobre su falda. Para enseñarme á ser bueno me puso el escapulario al cuello. Díjome que para evitar contrariedades en la vida, la llamara en mi ayuda. Figúrate—decía mi madre—que



soy yo misma, y ámala más que á mí. ¿Quién va á discutir estas cosas?»

«Cuando al engolfarme en las lecturas de Buchner, Maleschott, Schopenhauer y otros, quiero ser materialista, mis amigos íntimos me dicen: *¿Y la Virgen del Pilar?* Al oír este nombre protesto de todas las escuelas materialistas y me declaro vencido.»

Creednos, de madres profundamente religiosas, no nacen hijos ateos. Por eso el gran hombre á quien biografamos, por eso Washington, conservó siempre la fé en Dios.

Washington ha sido uno de los gobernantes más virtuosos que han conocido los siglos.

Cuando lo reeligieron por tercera vez, no quiso aceptar la presidencia de la República, y contestó:

*¿En qué se diferenciaría una República de una Monarquía con tan constante reelección?*

Washington ha obtenido este epitafio de la posteridad: *El primero en la guerra, el primero en la paz, y el primero en el corazón de sus conciudadanos.*

En un opúsculo de Guizot se encuentran estas frases: «Washington carecía de ambición, su patria le necesitó y él se hizo grande por servirla. Aceptó los cargos públicos más bien por deber que por gusto y hasta haciendo un penoso sacrificio. Las pruebas de la vida pública le parecían amargas; prefería la independencia de la vida privada, y el reposo del alma al ejercicio del

poder. Grande en todo, aceptó sin vacilar la fatiga que su país le impuso, no permitiéndose ninguna condescendencia para aliviar su peso.»

Fué tan sábia la política de Washington, que es conocida entre los hombres de Estado, con el título de *política del justo medio.*

Adorador de la justicia, nunca tomaban parte en sus determinaciones, ni el amor propio, ni rutinarias teorías, ni rivalidades de ningún género.

Sus actos tenían un carácter verdaderamente independiente, no obedecían á ningún sistema.

El amor á la verdad era tan grande en él, que perdonaba más fácilmente un crimen, que una mentira. Su madre le había dicho cuando era niño, que mentir era ser cobarde, y desde entonces aborreció el engaño.

Refiérese que una vez, jugando en el jardín de su casa con otros niños de su edad, tronchó un hermoso arbusto de mucho valor. Cuando su padre se enteró del destrozo armóse de un látigo para azotar al autor del delito y se dirigió á los criados exigiéndoles le mostrasen al culpable. Todos temblaban al ver al amo de la casa encolerizado; Jorge Washington huyó en el primer momento de la presencia de su padre; pero de súbito le vino á la memoria aquella frase que su madre había pronunciado solemnemente, *la mentira es cobardía*, y al recordarla, buscó á su padre y le dijo: *Yo he tronchado el arbusto.*

Si todas las madres educaran á sus hijos en la más



severa rectitud, en el más inflexible deber y en la más pura moral, el tipo de Washington se multiplicaría. Souvestre denomina á tan excelente mujer, heroína de las virtudes modestas, cristiana espartana. María Ball estaba más orgullosa de los méritos de su hijo que de los suyos propios, y tanto es así, que antes de morir ordenó no pusieran sobre su tumba otra inscripcion que esta sencilla frase:

#### MARÍA, MADRE DE WASHINGTON.

Cuando Jackson, presidente de los Estados-Unidos en 1833, fué el día 7 de Mayo á colocar la primera piedra para levantar un monumento sobre la tumba de esta gran mujer y leyó el breve epitafio, exclamó:

*No podian haber escrito sobre esta piedra mayor elogio; son cuatro palabras que harán latir siempre nuestros corazones.*

El sucesor de Washington pronunció una oracion fúnebre que enaltecia tanto al hijo como á la madre.

¡Benditas sean las madres semejantes á María Ball!

¡Honor y gloria á la memoria de la madre de Washington!

## II

Otra mujer ejerció tambien directa influencia en la vida de Washington y no debemos omitir su nombre: esta mujer fué Marta Dandridge, su muy amada esposa.

Nótase la extraña coincidencia de que Marta y Washington naciesen en el mismo año, en 1732. El destino se complació en unir con mil lazos á dos séres que habian de amarse eternamente. Marta sentia verdadera pasion hácia Washington, y era correspondida con igual ternura. ¡Cuánto se equivocan los que creen que los guerreros no saben sentir! En el corazon del héroe americano vibraban todas las fibras de los más delicados afectos: el invencible en los campos de batalla, se prosternaba en los altares del hogar.

Eran tan sobresalientes las virtudes de Marta, que otro hombre menos grande que Washington pudiera haber dicho, imitando á Marco Bruto: *¡O Numi! Concedetemi di poter mostrarmi degno marito di una moglie così grande.*

A pesar de que el exaltado cariño de Marta la impulsaba á retener á su marido al lado suyo, cuando llegaron los momentos en que este tuvo que luchar por la libertad de su patria, ella le sostuvo en el cumplimiento del deber, siendo su buena consejera.

De una carta de Washington dirigida á la cariñosa compañera de su vida, extractamos estos párrafos: *He querido evitar el nombramiento que me eleva á la presidencia, no so'lo porque me priva de los placeres de la vida doméstica, sino porque encuentro este cargo superior á mis fuerzas. Sin embargo, siento en mi conciencia una voz que me dice estoy llamado al cumplimiento de algo bueno, y no debo retroceder. ¡Dios me ayudará en tan gran empresa!*